

grafía, ya clásica e igualmente agotada, de Alcide Garosi, *Siena nella Storia della Medicina (1240-1555)* (Firenze, Leo Olschki, 1958).

JON ARRIZABALAGA

Josep BERNABEU, Guillermo OLAGÜE y Gloria PEIRÓ (1991). *Catàleg del fons científic (segles XVI-XVII) de la biblioteca «Fernando de Loaces», Oriola*. València, Edicions Alfons el Magnànim — IVEI — Institut de Cultura Gil-Albert, 417 pp. ISBN: 84-7822-041-0.

Tras la desamortización y exclaustación del clero regular operada en 1835 dentro de la política liberal de liquidación del Antiguo Régimen, la mayor parte del patrimonio bibliográfico acumulado durante siglos en las bibliotecas y conventos españoles entró en una fase de abandono y dispersión, cuando no de progresivo deterioro. En muchos casos, las pérdidas fueron irreparables. En otros, los libros incautados a las órdenes religiosas pasaron a engrosar los fondos de diversos centros estatales. A su costa, algunas Universidades, por ejemplo las de Valencia y Zaragoza, rehicieron en parte sus maltrechas bibliotecas mermadas por los episodios bélicos de la Guerra de Independencia. La experiencia confiscatoria sobre bibliotecas eclesiásticas, sin embargo, tenía ya algunos precedentes: la incautación en 1712 de la biblioteca privada del arzobispo de Valencia, Antonio Folch de Cardona, que abrazó la causa del archiduque Carlos de Austria y acabó sus días desterrado en Viena, y la requisa, de mucha mayor envergadura, efectuada con ocasión de la expulsión en 1767 de la Compañía de Jesús, en plena Ilustración.

No cabe duda que la vida intelectual de una comunidad religiosa gravitaba en torno a una biblioteca compuesta en su mayor parte por libros religiosos, los propios de unas instituciones cuyo fin primordial era la oración, la contemplación, la predicación de la Palabra o el conocimiento de Dios, pero también constituida por libros de índole literaria, jurídica o artística, entre los que no faltaban los de medicina ni los de filosofía natural. El triunfo de la Contrarreforma en España no significó que las órdenes religiosas abandonaran por entero su tradicional interés por la contemplación de la naturaleza y la reflexión racional sobre el mundo; los jesuitas, por su parte, siempre se mantuvieron especialmente atentos a las novedades científicas de la época. Con todo, los ilustrados españoles denunciaron acerbamente la ignorancia del clero regular de su tiempo, acusándolo de mantener al pueblo en la superstición, apartado de las luces; sin embargo, no es menos cierto que muchos frailes destacaron en el siglo de la Ilustración por su notable erudición y su saber enciclopédico.

Son muy pocos los estudios que hoy día se disponen sobre los fondos científicos de las bibliotecas de conventos y monasterios españoles. Trabajos como los de A.

Hevia Ballina sobre los libros que tuvo a su alcance, en el convento de San Vicente de Oviedo, el monje benedictino B. J. Feijóo, o como el de M.<sup>a</sup> G. García del Carri- zo sobre las obras de interés médico en la Biblioteca de los Filipinos de Valladolid, son absolutamente excepcionales. Sin embargo, el conocimiento sistemático de tales fondos nos permitiría entender, por ejemplo, cómo y por qué algunos de los eruditos españoles más sobresalientes de mediados del siglo XVIII —piénsese en el benedic- tino Feijóo o en el cisterciense A. J. Rodríguez— pertenecieron a órdenes religiosas monásticas y vivieron en sus cenobios, apartados de la corte o de las grandes univer- sidades. Sólo la existencia próxima de unas bibliotecas bien nutridas y actualizadas nos puede dar razón hoy de los conocimientos de medicina que esos monjes erudi- tos mostraron y de su capacidad para polemizar en plan de igualdad con los médi- cos de su época. No olvidemos en este sentido las librerías anejas a las boticas de los conventos y monasterios, que en ocasiones, como en la del Colegio de San Pablo de Lima, la famosa Botica de la Compañía, constituían bibliotecas médicas de primera magnitud.

El libro que tenemos entre manos responde al deseo de J. Bernabeu, G. Olagüe y G. Peiró —miembros de las universidades de Alicante y Granada— de dar fe, me- diante su catalogación y publicación, de la existencia en Orihuela de un cuantioso fondo científico, aproximadamente un millar de obras, procedente del Convento de Santo Domingo, que se integró a mediados del siglo XIX en la Biblioteca Pública Municipal, hoy denominada «Fernando de Loaces». Un fondo que se perfila, desde el punto de vista de historia de la ciencia como uno de los más interesantes del País Valenciano.

En la introducción que precede al catálogo en sí, se describe la situación actual de esta biblioteca, ubicada en el Palacio o Casa de Teodomiro, y se intenta precisar, con ayuda de la historiografía, sus orígenes históricos. Erigida por los dominicos en 1646, recibió en legado la colección particular del arzobispo de Valencia, Fernando de Loaces (+ 1588), fundador del Colegio de Predicadores que desde 1610 a 1807 constituyó el centro de la Universidad de Orihuela. Así pues, esta biblioteca, regida por los dominicos y emplazada en el Convento de Santo Domingo, tuvo carácter universitario desde sus orígenes y no fue una mera biblioteca conventual volcada ex- clusivamente sobre la propia comunidad religiosa. A lo largo del Setecientos, los rec- tores del Colegio siguieron una política de compra selectiva pero incesante de libros, que les llevó incluso a adquirir importantes fondos en Italia, merced a las conexio- nes directas que tenían los dominicos oriolanos con los Padres Provinciales de la orden en Roma. Con esta política de compras, la biblioteca había logrado reunir al final de la centuria unos 17.000 volúmenes, de los que ahoran se conservan aproxi- madamente unos 12.000. El fondo científico —objeto del libro que comentamos— rondaba en torno al millar de títulos, de los cuales una parte significativa era de me- dicina, estando representadas, entre otras, la geografía, la cronología, la astronomía y la historia natural.

Lamará la atención de quien pasee la vista por las páginas de esta obra la elevada proporción de libros italianos que aparecen descritos en el catálogo. Ello guarda relación con las conexiones italianas de la orden dominicana que acabamos de señalar, y con el hecho de que una parte de este fondo científico, alrededor de un siete por ciento, procede de la adquisición, en 1790, de la biblioteca personal del arquitrata pontificio Natale Saliceti (1714-1789), cuyo catálogo impreso comprende en total 309 páginas. Llevada a cabo la operación, por iniciativa del rector Antonino Gálvez, y tramitada a través del librero romano Natale Barbiellini, se adquirió, de acuerdo con la política de compras del Colegio, una selección y no la totalidad de la biblioteca del médico romano.

En la confección del catálogo se han atendido dos secciones de la biblioteca «Fernando de Loaces» de Orihuela: la de los libros impresos en los siglos XVI al XVIII, que ocupa la mayor parte del conjunto abordado (944 títulos y 1.520 volúmenes), y la correspondiente a revistas, actas y periódicos de sociedades científicas de estas centurias (45 volúmenes). Sin duda, son estas dos las secciones más importantes del fondo estudiado, pero en mi opinión, hubiera sido pertinente incluir también en el catálogo las fichas descriptivas de los manuscritos de contenido científico que se conservan en la citada biblioteca; pues, aunque no son muchos, esos textos manuscritos son reflejo de las enseñanzas que se impartían de materias científicas —matemáticas y medicina, por ejemplo— en la Universidad de Orihuela en el siglo XVIII.

En cuanto a la descripción de las obras, es muy de agradecer que en la mayoría de los asientos bibliográficos se apunten datos acerca del estado de conservación, o deterioro, del libro en cuestión, así como otras informaciones complementarias, y el que en todos los asientos se mencionen aquellos repertorios y los catálogos —se ha revisado una cuarentena— que refieren otros ejemplares de la misma obra. Es también particularmente loable, por lo orientativo que resulta, el esfuerzo realizado por añadir junto al nombre de cada autor el año de su nacimiento y muerte o, en su caso, el del *floruit*. Al final se ofrece un apartado indispensable cuando lo que se pretende es facilitar el manejo de una herramienta útil para el trabajo intelectual: los correspondientes índices de autores, comentaristas y traductores, el de lugares de impresión y el de editores, impresores y libreros.

El fondo bibliográfico que ahora se ha puesto a la luz es una muestra más de la tradicional permeabilidad de la antigua Corona de Aragón ante el mundo italiano, una vía que no se cerró con la llegada de los Borbones y se mantuvo abierta a lo largo de todo el siglo XVIII. En esta ocasión, las relaciones científicas con Italia siguieron un camino acaso insospechado pero probablemente muy habitual: la organización piramidal del clero regular que, como el secular, mantenía ante el Papado sus representantes permanentes. Una vía de comunicación que ahora nos permite considerar afortunada la ciudad de Orihuela —la valenciana Oriola— por poseer,

formando parte de su valioso patrimonio cultural catalogado, un fondo científico de tal magnitud e interés.

ALVAR MARTÍNEZ VIDAL

Nicolás MONARDES (1988). *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina...* Sevilla, Padilla Libros, XVII + 5, h. + 206 pp. + 1 h. ISBN: 84-87039-00-6.

Francisco RODRÍGUEZ MARÍN (1988). *La verdadera biografía de Nicolás Monardes.* Sevilla, Padilla Libros, 102 pp. ISBN: 84-87039-01-4.

Javier LASSO DE LA VEGA (1988). *Biografía y estudio crítico de las obras del médico Nicolás Monardes.* Sevilla, Padilla Libros, 45pp. ISBN: 84-87039-02-2.

Actualmente venimos asistiendo a un resurgimiento de las publicaciones de facsímiles, no escapando a este fenómeno las de obras histórico-médicas. La edición de estas últimas es realizada en ocasiones con la finalidad de divulgar textos, impresos o manuscritos, poco o nada conocidos. Sin embargo, ante todo documento que tuviera estas características no estaría justificada su publicación, tan sólo aquéllos que fuesen útiles para la historiografía médica. En otros casos su objeto son obras muy conocidas, cuya única justificación estribaría en el grado de consulta y accesibilidad a la misma, como ocurre con los repertorios bibliográficos, bancos de datos, catálogos y otras obras de carácter instrumental. Aquéllas que se enmarcan en el campo de la bibliofilia son ajenas a nuestro interés, por lo que no comentaremos la elección de las mismas.

Este tipo de obra puede venir acompañada de un estudio introductorio sobre la misma, su autor y significación histórica, de extensión y profundidad variables, estimando que éste debiera ser obligatorio para su edición, así como también la de ser un trabajo actualizado, no encontrando razonable la publicación, como se observa con demasiada frecuencia, de estudios ya caducos y posteriormente superados. No obstante, la labor de un profesional de la historia de la medicina no debe quedar reducida a esta «línea de trabajo», fácil procedimiento carente de imaginación y ocupación intelectual. A veces, faltando éste, es sustituido por un mero prólogo anunciador de la obra editada y motivos que llevaron a su publicación, generalmente el aniversario del nacimiento o muerte del autor, siendo más destacables otras fechas, tal como la de impresión de la obra, aunque no consideramos necesario este recurso a la efeméride cuando por la propia significancia del texto y autor no precisaría mayor justificación.

En 1988 ha sido publicada por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, en conmemoración del cuarto centenario de la muerte del médico hispalense Nicolás Monardes Alfaro, la edición facsímil de su obra *Historia Medicinal de las cosas*